

SIN SALIDA

EL DRAMA DE ROBINSON EN
EL EJERCICIO MILITAR



**Sin salida:
El drama de Robinson
en el ejercicio militar**

*Sin salida:
El drama de Robinson
en el ejercicio militar*



Sin salida:**El drama de Robinson en el ejercicio militar**

Proyecto Memoria y Reparación

Primera edición, noviembre 2025

Investigación y elaboración, 2020-2024

Coordinadora general

María Clara Leal Murillo

Equipo coordinador

Yadira Tatiana Urrea Basto

Lina María López Gallego

Equipo psicosocial

Bibiana María Mejía Builes

Andrea Julieth Meyer Patarroyo

Brigitte Camila Rodríguez Arias

Tania Yurley Barón Parada

Laura Alejandra Tapiero Hueso

Stephanía Peña de la Pava

Equipo de investigación

Nataly Juliet Vela Castellanos

Felipe Alfonso Montañez Aldana

María Clara Leal Murillo

Lina María López Gallego

Equipo de redacción

Paula Rivillas Páez

Felipe Alfonso Montañez Aldana

Edición y corrección de estilo

Lina María López Gallego

Ilustración

Lina Alejandra Restrepo Guio

Diseño y diagramación

Alejandro Perdomo Barona

Equipo de difusión y comunicaciones

María José Ramírez García

Rafael Felipe Barco López

Lina Alejandra Restrepo Guio

Valentina Torres Aguirre

Equipo de apoyo institucional:

Fundación Colombiana de Miembros de la Fuerza Pública y sus Familias Víctimas del Conflicto Armado en Colombia-ACOMIDES

Otros apoyos institucionales

Corporación Rosa Blanca Colombia

Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

O.N.G. Fundación Territorio Cacique Hyntiba

Corporación Universitaria Iberoamericana

Fundación Universitaria del Área Andina

Otros apoyos

Duván Andrés García Torrijos

María Daniela Acevedo Mesa

Bogotá, D.C., 2025

ISBN: 978-628-02-1071-1



Licencia Pública Internacional — CC BY-NC-SA 4.0

Creative Commons

Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0

Nota aclaratoria

Esta historia ha sido construida a partir de las narraciones de miembros de la familia, tomadas mediante entrevistas directas. En estas se recogen las emociones, opiniones, percepciones y recuerdos que construyen la memoria colectiva de los hechos violentos vivenciados. Los nombres de lugares, personas, hechos, fechas y otra información consignada en el texto hacen parte de los relatos recogidos de las fuentes primarias, y así mismo, toda adaptación narrativa ha sido aprobada expresamente por los involucrados.

Dedicatoria:

A la memoria de las madres y padres
que perdieron a sus hijos
y a los sueños de los jóvenes
que quedaron enterrados
a causa de la guerra del país.

Tabla de contenido

Agradecimientos	13
Prólogo	17
I	23
II	59
III	85
Epílogo	99
Anexos	103

Agradecimientos

El proyecto de Memoria y Reparación agradece a los miembros de la familia de Robinson Cuchivague López, a sus queridos padres Segundo Peregrino Cuchivague Rodríguez y Leonilde López Vargas y a sus hermanos Elizabeth Cuchivague López y Hernán Cuchivague López, quienes por más de 3 años han relatado sus historias, compartido sus reflexiones y nos han permitido sumarnos a su lucha para que sus voces no sean acalladas y su dolor no quede en el olvido de un país que no deja de padecer a causa del conflicto armado.

Así mismo agradecemos profundamente a Yesika Manuela Páez Rojas, quien, desde su interés por visibilizar a las familias de los miembros de la fuerza pública víctimas del conflicto armado interno en Colombia, tuvo la inquietud, la sensibilidad y el interés en que fuera escuchada la historia de su familia

Agradecimientos

y sembró la semilla para que este proyecto pudiera existir.

Gracias, familia, por la confianza, la constancia y el compromiso con el proyecto, porque si no hubiera sido así, no lo habríamos logrado. Gracias por la valentía para contar su historia, porque nunca será fácil hablar sobre lo que nos ha dañado, pero ustedes lo hicieron con la noble pretensión de que la memoria nos sirva para evitar que otros vivan la guerra.

Agradecemos al equipo que trabajó con la familia de manera voluntaria, cada uno logró comprometerse con la construcción de paz y aportar desde el amor, la constancia, el compromiso y dedicación que dieron al proyecto. En especial, agradecemos su alta sensibilidad y la capacidad para analizar y comprender los dualismos de la guerra, reconociendo que nos enfrentamos a una violencia estructural en la que la pobreza y el poder, entre otras causas, nos ha llevado a este conflicto.

Gracias al equipo de apoyo a la coordinación y al equipo psicosocial, por ser soporte constante de todo el andamiaje que ha im-

plicado este proceso. Gracias a las universidades que acompañaron a sus practicantes y a las organizaciones que apoyaron el trabajo realizado.

Agradecemos a todos quienes lo hicieron posible, porque a pesar de las tormentas no dejamos de creer en la posibilidad de construir paz a través de la escucha activa a las familias. Confiamos que podamos seguir aportando desde el más profundo amor a la construcción de paz en nuestro país.

Prólogo

Hablar de la paz en Colombia necesariamente me lleva a una reflexión sobre la historia del conflicto que hemos vivido y, en especial, me enseña sobre las maneras cómo cada persona va encontrando razones para seguir adelante, pese al dolor, a la injusticia, a la poca equidad y, sobre todo, a esa sensación de soledad que invade.

Me ha sido muy significativo comprender que cuando se habla de perdón, se está colocando en la víctima la carga de realizar la acción de perdonar, mientras que cuando se habla de verdad, la responsabilidad de la acción recae en quien generó la situación de violencia. Algo no menor en un proyecto que trabaja con familias que se sienten víctimas del conflicto en Colombia, a pesar de no ser reconocidas de esta manera por las instituciones que las han vulnerado.

Este proyecto nace cuando Yesika Manuela Páez Rojas (quien en ese momento, 2020, era una estudiante universitaria de

psicología) nos expresó que varias familias de miembros de la fuerza pública deseaban contar sus historias para evidenciar lo sucedido de manera escrita, como una forma de hacer visible la situación que han atravesado a lo largo de todos estos años, en los que no han encontrado respuestas a sus preguntas.

Durante este proyecto pudimos conocer 69 familias y realizar un trabajo focalizado en las 8 familias que decidieron emprender el proceso de escritura, pese a la desconfianza aprendida de experiencias pasadas y la distancia geográfica que nos ubicaba a unos y otros. Pronto, el proyecto pudo establecer principios de confianza y la virtualidad nos logró acercar. Hoy llegan a sus manos estos textos que nos permiten escuchar la voz de quienes habitualmente han sido acallados, para reflexionar sobre la verdad y promover la paz.

Las familias de la fuerza pública que participaron en este proyecto nos han enseñado que viven intensamente un debate entre sentirse parte y a la vez sentirse abandonadas por “la institución”, como suelen llamarla.

Este proyecto también ha motivado reflexiones sobre quienes son o pueden llamarse víctimas y, en especial, ha logrado que ese binario de víctima/victimario se llene de matices, permitiendo ampliar ese marco de referencia muy estrecho de buenos y malos que no existe, porque en una guerra lo único que existe es el dolor.

La familia de Robinson Cuchivague López que había silenciado por muchos años su voz, se permitió pensar en voz alta para compartir el dolor y la impotencia que se siente frente a la guerra. Han intentado explicarse para sí mismos como su hijo, su hermano, que estaba compartiendo una tarde de juegos, termina reclutado por la fuerza pública y llevado a una de las zonas más peligrosas del conflicto a cuidar la extracción de recursos naturales de intereses privados. Esta historia también da testimonio de una familia que se reúne en amor, que continúa esforzándose día a día para avanzar y tener un mejor futuro.

La historia de Robinson Cuchivague y su familia no es solo la historia de su vida, es la evidencia de unas violencias estructurales y simbólicas que se han tejido a lo largo de las vidas de todas las familias del proyecto.

Historias en donde la pobreza les ha generado una condición social llena de obstáculos y les ha creado la imagen de la guerra como la única o la mejor opción para tener un salario digno, un trabajo, una posibilidad de alcanzar sus sueños de construir una familia y prosperar. Algunos ingresaron en las filas de la fuerza pública cargados de ilusión, otros en contra de su voluntad y otros solo por obtener la libreta militar; pero no volvieron, y muchos de los que pudieron volver, lo hicieron incapacitados para poder seguir trabajando.

Así que la conclusión más cruel y despiadada, que se manifiesta en cada texto, es que la guerra solo deja dolor a todas las personas: no hay ganadores, no hay vencedores; todas las personas perdemos.

Y aunque puede ser demoledor saberlo, escuchándolo de quienes viven más de cerca el dolor, fundamenta a la vez la motivación para reconocer que el único camino es y será la paz, el diálogo y la reparación.

María Clara Leal Murillo

I



Al crecer, Robinson nunca tuvo muy claro a qué quería dedicarse. De niño, una que otra vez se lo preguntaron, pero no hallaba nunca respuesta a la pregunta. Mientras crecía se imaginaba mil cosas; tal vez futbolista, tal vez artista o mejor ingeniero. De todo se imaginaba y entre más crecía, más lo golpeaba la realidad que lo hacía replantearse esos sueños que guardaba solo para él. Sin embargo, de todas las opciones que alguna vez creyó tener, jamás se posó por su cabeza el estar en el Batallón de Saravena, un lugar pequeño para el nombre que tenía, el cual consistía en un terreno amplio de puro pasto, unas casuchas en las cuales se quedaban y el comedor; a lo lejos también había varios árboles y eso era todo. Aunque de todas maneras no se podía esperar más del batallón de un pueblo tan pequeño como lo era Saravena. Un lugar tan extraño y tan lejano a los lugares que eran familiares para él.

Robinson se preguntaba muchas veces ¿qué había hecho para terminar allí? No encontraba respuesta. En las noches, mientras

se quedaba dormido, repasaba una y otra vez aquel jueves santo en que se lo llevaron. Lo recreaba y cambiaba pequeñas cosas para que el resultado fuera diferente al que terminó siendo; algunos días imaginaba que decidía no ir a jugar a la Play, otros días imaginaba que regresaba temprano a su casa, y algunos otros que lograba confundir a los militares y los hacía pensar que aún era menor de edad. Modificaba cualquier detalle que lo hiciera regresar con su familia, que añoraba como nunca en su vida lo había hecho.

Al despertar en las mañanas y escuchar los gritos y el ajetreo que le indicaban que debía prepararse para iniciar labores, lo invadía la nostalgia y el sentimiento de resignación al darse cuenta que aún estaba allí. Ya no había nada que él o su familia pudieran hacer más que esperar los dieciocho meses que duraba el servicio militar; y la pesadumbre lo invadía cuando pensaba que apenas llevaba allí dos semanas. Le molestaba el clima, las tareas, el entrenamiento, las órdenes, los castigos; lo único que lo animaba era la hora de la comida y que ya no le robaban su celular, por lo que podía hablar de vez en cuando con su papá, su hermano y Jordan, su primo más cercano; claro que no era algo sencillo.

Después de las jornadas quería llorar, pero ya no podía, todo lo que podía llorar lo hizo en Bogotá. Lo recordaba muy bien, el día en que se lo llevaron, la primera noche que estuvo allí lloró y peor aún fue cuando sus padres lo fueron a ver ese sábado. No se pudo contener, sentía que lo apartaban de todo lo que había querido y que sus sueños se escapaban para siempre. Su padre y su hermano le dijeron que todo estaría bien, que el servicio militar le serviría; su madre, por otro lado, estaba triste, pero ella sabía que lo volvería a ver en unos meses. Eso le dio confianza y decidió que nada se podía hacer ya; pensó que si su padre y su hermano ya habían pasado por esto, él también lo haría.

Era extraño estar ahí. Al principio no conocía a nadie y le era difícil hablar con los otros muchachos que iban con él; siempre fue de pocas palabras y casi no expresaba lo que pensaba o sentía. A pesar de su timidez, empezó a hablar con algunos de sus compañeros y con el tiempo entabló amistad con un joven de su misma edad llamado Juan Pablo, a quien también habían reclutado en Bogotá. No necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que las cosas serían diferentes en Saravena, allí sus compañeros ya no se la

montaban, ni le quitaban sus cosas; el entrenamiento era más serio y el peligro también. Ya le habían mencionado varias veces que esa era una zona roja y que había mucha guerrilla en los alrededores del pueblo. Sin embargo, aún no entendía bien qué hacía allí, pues recuerda que cuando su hermano prestó servicio militar estuvo en Bogotá, nunca lo trasladaron a otro lugar, menos a uno tan lejano. Lo mejor era no preguntar, lo mejor era aguantar en silencio; eso era lo que pensaba Robinson cada vez que lo invadía la duda; lo mejor era recordar su ciudad, su barrio, su hogar.



A medida que pasaba el tiempo las cosas mejoraron para Robinson, cada vez le costaba menos el entrenamiento, se acostumbraba a la rutina, al clima, a los mosquitos. Notaba que estaba bajando de peso, pero que a la vez se hacía más fuerte. Aún aguantaba uno que otro castigo cuando no podía seguir el ritmo, pero cada vez menos seguido. Hablaba con su padre y con su hermano cuando podía; en sus tiempos libres les marcaba para saber de ellos. Le gustaba hacerlo, porque sentía que le podían aconsejar, especial-

mente su hermano Hernán. También trataba de hablar con Jordan, aunque comunicarse con él no era fácil, pues no tenía celular y para llamarlo debía llamar a su tío José. Extrañaba mucho a Jordan, él había sido su mejor amigo toda la vida y siempre tuvieron planes juntos.



Imagen 1

La última promesa que hicieron Robinson y Jordan fue validar el colegio juntos y después Robinson estudiaría en la universidad. Robinson esperaba a que Jordan finalizara con un compromiso para empezar juntos, aunque luego se arrepintió y deseó haber empezado incluso sin él. Tal vez de esta forma no estaría en Saravena. Desafortunadamente no fue así y ahora él estaba allí y Jordan estaba a kilómetros. Pensaba en él de vez en cuando y recordaba la infancia que pasaron juntos, todos los juegos y aventuras.

Robinson y Jordan eran inseparables desde niños, vivían cerca y no era solo la amistad lo que los unía, también la familia. Siendo primos, viviendo cerca y hasta estudiando juntos, Jordan se volvió muy rápido en su mejor amigo. No recuerda un momento de su vida en el que Jordan no estuviera presente; pasaron de compartir los juegos de la infancia a salir de fiesta y hablar de las niñas que les parecían lindas, y eso creó una unión que él creía sería inquebrantable y que fue fortaleciéndose con el tiempo. Robinson le contaba todo a él y como estaban en igualdad de condiciones no se sentía juzgado, cosa que a veces sí le pasaba con su familia. Sin embargo, poco después de iniciar el bachillerato

el padre de Jordan decidió enviarlo a otro colegio y eso hizo que ya no se pudieran verse tan seguido; cuadraban para encontrarse una vez por semana, si era posible, pero ya no fue lo mismo que cuando estaban en la primaria. Aun así, cuando Robinson decidió abandonar el colegio y al primero que le dijo fue a Jordan, pues a pesar de que ya no estaban todo el día juntos, seguía siendo su confidente.

Cuando dejó el colegio, Robinson pudo notar que su familia se sentía decepcionada, especialmente Leonilde, su madre, que siempre había soñado con que se graduara y pudiera hacer una carrera técnica o profesional como lo estaban haciendo sus hermanos. La única persona que entendió sus razones fue Jordan, quien de hecho, también se salió del colegio y decidió comenzar a trabajar.

Aquella decisión no fue nada fácil para Robinson, lo había empezado a considerar desde que se enteró que no pasaría el grado décimo y que tendría que volver a cursarlo. En ese momento se sintió abatido, otro grado que debía volver a cursar; con esa ya era la tercera vez que debía repetir el año. Comenzó a pensar que jamás se graduaría

y que a lo mejor él no estaba hecho para los estudios. Ese día sintió que sus sueños se derrumbaban y no sabía qué debía hacer ahora; así que sin ninguna esperanza en su futuro se le vino a la mente y decidió dejar el colegio y mejor hacer otra cosa. Sin embargo, durante las vacaciones sus amigos y familia lo impulsaron a continuar, por lo que se animó a seguir y cursar nuevamente décimo. Este nuevo año lo inició con esperanzas y se propuso culminar y aprobar el grado, pero no hicieron falta sino unos meses para que los ánimos que tenía al inicio del año se esfumaran. Para mediados de ese año, Robinson no podía más; no entendía por qué, pero simplemente algo dentro de él le impedía prosperar; por lo que un día simplemente decidió no regresar a estudiar y abandonarlo todo.

Cuando le dijo a su familia que simplemente no volvería a estudiar, fue un golpe duro para ellos. Leonilde y Segundo no podían creer que su hijo menor no seguiría los pasos de los mayores, pero no les quedó más remedio que aceptarlo, ya que a fin de cuentas Robinson era mayor de edad y podía hacer lo que quisiera. A Hernán, su hermano mayor, tampoco le agradó la idea para nada

y fue el primero en decirle que si no iba a estudiar comenzara a buscar en qué trabajar, porque tenía que aportar igual que todos los demás en la casa; entonces comenzó a acompañar a su papá al trabajo y allá lo ponían a hacer labores relacionadas con mensajería, que fue a lo que su padre siempre se dedicó, por lo menos desde que recuerda.



La mejor noticia que Robinson recibió mientras estuvo en el batallón fue a los dos meses y medio de haber llegado. Los superiores un día les dijeron que pronto harían el juramento a la bandera y después de la ceremonia se les permitiría viajar a Bogotá por un tiempo. A Robinson más que la ceremonia lo que le alegraba era el hecho de volver a ver a su familia y amigos.

Después del anuncio, Robinson esperó con ansias todo el día hasta el momento en que podía llamar a su papá. Realizó sus deberes, el entrenamiento, comió y cuando ya eran pasadas las seis fue al lugar donde agarraba la señal del celular que le había mandado su familia cuando recién llegó a Saravena. Ya ubicado y con señal marcó el número de su

papá; el teléfono timbró una, dos, tres veces, nada que contestaba; timbró y timbró hasta que lo mandó a buzón. Intentó una segunda vez, pues a lo mejor su papá no había escuchado el teléfono sonando; marcó, se puso el teléfono en la oreja y de pronto la llamada se cayó. «Mierda», pensó, la señal se había perdido. Se movió un poco, subió el brazo, pero nada que le entraba la llamada.

Mientras que caminaba por ahí buscando señal, vio un árbol bien grande y entonces sin dudarlo se dirigió allí, lo trepó e intentó de nuevo, el celular timbró una, dos, tres veces y nada; cuando ya iba por la cuarta vez y perdía la esperanza de hablar con su familia ese día, escuchó la voz de un señor de mediana edad. «Aló, ¿mijo?», le dijo. Robinson se alegró de escuchar a su papá, había pasado una semana desde la última vez que habló con él, y el llamarlo para decirle que por fin los iba a volver a ver lo emocionó; entonces, le contó que sus superiores le habían dicho en la mañana que dentro de poco se celebraría la ceremonia del juramento a la bandera, por lo que podría viajar a Bogotá por algunos días.

Al otro lado de la línea, estaba Segundo, un hombre fornido, alto desde la perspectiva de Robinson, de piel morena y rostro serio. No solía hablar mucho, pero Robinson había aprendido a identificar el significado de cada expresión de ese rostro. Fue un padre severo que esperaba lo mejor de sus hijos, que llegaran más lejos de lo que él pudo llegar y que se enfocaran en las cosas importantes antes de pensar en tener pareja e ir a perder el tiempo. Es de origen humilde, nacido en una zona rural cercana al pueblo de Soracá en Boyacá; a los 10 años se vio obligado a abandonar la escuela, como era común, para empezar a trabajar, y una vez vio la oportunidad, no dudó en viajar hasta Bogotá en busca de un mejor futuro.



Segundo había perdido muchas cosas mientras luchaba por su futuro. Muchos años antes de Robinson, sus hermanos y la madre de ellos; Segundo había formado una familia en Bogotá. Se había enamorado, casado y construido un hogar con otra mujer; tenían una hija llamada Milena y él pensó que de allí en adelante solo debía ocuparse por el bienestar de estas dos personas, que ya había

alcanzado todo lo que creía un hombre debe tener en la vida; familia, casa y trabajo. Sin embargo, la vida le deparaba otro destino, pues unos años después del nacimiento de Milena, la esposa de Segundo falleció. Fue la segunda pérdida que sufrió Segundo, después del fallecimiento de su madre, pero como con los otros momentos duros de su vida, no hubo tiempo para llorar; había que reponerse, trabajar y cuidar a la pequeña Milena que ahora se convertiría en su motivación para continuar.



«Quiubo, pa. En julio voy para Bogotá después de hacer el juramento a la bandera», fue lo que Segundo le escuchó decir a Robinson a través del teléfono un poco entrecortado. Se alegró, se alegró mucho y rápido le comentó a su esposa Leonilde que andaba por allí haciendo la comida. Robinson le comentó que después de la ceremonia les darían unos días libres en la ciudad, por lo que se quedaría con ellos un mes, podrían verse, hablar y disfrutar un poco antes de que tuviera que regresar. Segundo escuchaba bien a su hijo y eso lo tranquilizó, estaba tranquilo y a juzgar por el tono de Robinson

en las últimas llamadas, cada vez se acoplaba más a la vida del servicio militar. También lo llenaba de esperanza el futuro de su hijo, lo escuchaba centrado y más decidido de lo que era antes de marchar. Así las cosas, se sentía satisfecho con el rumbo que tomaba la vida de su hijo más pequeño y lo emocionaba que pudiera verlo antes de lo esperado.

Después del anuncio del juramento a la bandera, Robinson se llenó de energía y estaba de muy buen ánimo. Su mente se llenaba de escenarios felices en los que llegaba a su casa y su madre lo recibía con su comida favorita. También imaginaba a sus hermanos recibéndolo y yendo a celebrar en algún bar cerca de su casa. Pensaba en que iba a verse con Jordan y podría contarle las cosas que le habían pasado en el batallón y que él le contaría alguna que otra novedad de su vida y de lo que había ocurrido en el barrio, mientras que él se encontraba en Saravena. Había hablado con varios de sus compañeros sobre lo que harían cuando llegaran a la ciudad, su amigo Juan Pablo le dijo que sus padres irían a recogerlo donde los dejara el bus y que probablemente luego irían a la casa.

Conforme pasaban los días, Robinson empezó a fijarse en los cambios que había tenido en los meses que ya llevaba allí y en lo que diría su familia cuando lo viera de nuevo. Notó que se veía cansado y más flaco de lo que había sido antes de llegar allí; no quería que lo vieran así, no quería preocupar a su familia; pero la realidad es que estaba cansado y que a pesar de que le daban comida tres veces al día, no era lo mismo que él solía comer en casa. Luego se fijó en sus manos, se había olvidado de ellas por un tiempo y lo mucho que le gustaba cuidarlas; allá no le daban sino un cortaúñas para cortarse las uñas, por lo que mejor prefirió fingir que le daba igual si no estaban cuidadas como solía tenerlas. Antes de llegar a Saravena, dedicaba un día a la semana para cortar, limar y poner una base en sus uñas; sumergía sus manos en agua tibia para suavizarlas y también utilizaba una crema hidratante a diario. Ahora ya no hacía nada de eso, sus manos se sentían como lijas y al verlas con detenimiento notó que tenía un par de callos resultado de la rutina dentro del batallón. Metió las manos en los bolsillos y decidió pensar en otra cosa.

Ya solo faltaba una semana para el tan anhelado juramento a la bandera y los ánimos entre sus compañeros, al igual que él, estaban por las nubes. Nunca había sentido tanta alegría en el batallón, y no era como que aquel era un lugar lúgubre todo el tiempo, pero generalmente la solemnidad era lo que sobresalía allí. Entre los nuevos reclutas se contaban los planes que harían cuando estuvieran visitando a sus familias; algunos irían a ver a sus novias, otros comerían todo aquello que el batallón no ofrecía y otros se reunirían con el parche del barrio. Era todo lo que se escuchaba hablar en el lugar cuando tenían tiempos libres.

Hasta que finalmente llegó el día, y Robinson emocionado, subió al bus que lo llevaría de regreso a Bogotá aunque fuese solo por unos días. A medida que cruzaban por Saravena, Robinson notó cómo los hombres de la guerrilla los miraban amenazantes, advirtiéndoles con señas que no regresaran. Aquello lo asustó y le hizo recordar lo mucho que quería llegar a su casa. Extrañaba el clima frío e impredecible de aquella ciudad interminable en la que creció y permaneció hasta que fue abruptamente apartado de ella. También recordaba los diferentes barrios y localidades en las que vivió hasta las de su niñez.



Imagen 2

☆°.*(+*+☆

La primera casa que Robinson recuerda era la casa de Don Fabio, un señor con el que su padre no se la llevaba muy bien, pero que de todas maneras aguantaba, porque era lo que había por el momento; vivían en el primer piso de aquel lugar y parecía que lo habían dejado a medio hacer. Allí Robinson y su familia vivieron un tiempo no muy

largo, pues un día su padre, con el mal carácter que tenía, enfrentó a Don Fabio por algo que le había dicho; Robinson era muy pequeño para entender de qué trataba el altercado, pero después recuerda a su padre diciendo que uno no debía dejarse humillar por nadie, ni aunque pasara necesidad. Luego recuerda que se mudaron a la casa de la señora Verónica que quedaba casi en la cima de una loma y escuchaba como su mamá y sus hermanas se quejaban todo el tiempo de lo difícil que era vivir allí. Así fue como se volvieron a mudar y una vez más; se mudaban tanto que Robinson pensaba de niño que vivirían en todas las casas de Suba hasta encontrar la casa perfecta.

En cada casa vivió algo especial y de cada una le quedó algún recuerdo borroso. Recuerda cómo en la casa de la calle cerrada tenían una baldosa color rojo y que debían encerarla con sus hermanos de vez en cuando y era algo que les divertía mucho, pues ponían los trapos en el piso y jugaban a deslizarse con la cera. También recuerda cómo en la casa de la señora Verónica aprendió a montar bicicleta; aquel día, junto con Elizabeth y Hernán tomaron la bicicleta de su padre, y sin que nadie los viera, fueron a



Imagen 3

ver cómo se utilizaba aquel objeto. Ese día, a pesar de las caídas y las dificultades, los tres hermanos lograron aprender a usar la bicicleta sin que ningún adulto les ayudara.

A pesar de que durante la adolescencia los hermanos no fueron muy unidos, durante la infancia se ayudaban el uno al otro; jugaban entre ellos y con los otros niños de la cuadra, inventándose juegos e imaginando

canchas de fútbol en las calles cerradas del barrio. A medida que iban creciendo cada uno empezó a encontrar amigos diferentes y a interesarse por cosas distintas. Hernán tenía una personalidad más madura, como de adulto, a pesar de que aún era un adolescente. Elizabeth, después de que terminó el colegio comenzó a trabajar y al igual que sus padres, Robinson apenas la veía, aunque en los momentos más difíciles, ella era la que más lo entendía, sobre todo después de que Milena falleciera. Los hermanos eran más centrados que Robinson, porque tal vez él al ser el menor, era el más soñador y también el más indeciso.



Robinson durmió casi todo el trayecto a Bogotá y al despertar ya faltaba más o menos dos horas para entrar a la ciudad. Se quedó viendo por la ventana, era casi de noche, habían pasado ya más de nueve horas desde que se había subido al bus. Cuando comenzó el viaje eran alrededor de las nueve de la mañana y ahora que despertaba eran casi las seis y media de la tarde. Habían parado a almorzar en la carretera hacia el mediodía; en ese momento habló con sus compañeros

un rato mientras comía. Se sentía tranquilo, relajado y alegre de ir a su casa. Era la primera vez que se rompía la rutina desde que fue reclutado y eso le gustaba. Era como ir de vacaciones por unos días y podía dejar de pensar en su vida por un momento.

Cuando entraban a Bogotá comenzó a tener una sensación extraña. Se sentía emocionado de volver a su ciudad, a su casa; pero a la vez se sentía triste de nuevo, porque sabía que el tiempo corría y pronto se tendría que ir. El bus lo dejó a él y otros compañeros en el barrio en el que vivía. La nostalgia invadió a Robinson, sintió que habían pasado años desde la última vez que estuvo allí, a pesar de que apenas habían sido unos meses. Ansiaba ver a su madre e imaginaba lo que le haría de comer una vez llegara a la casa. Se despidió de sus compañeros y tomó camino hacia allí.

Robinson había llamado a su familia el día anterior para avisar que ya estaba en camino a Bogotá. Al momento de enterarse de la noticia, Leonilde comenzó a arreglar la casa, estaba más que feliz de volver a ver a su niño. Pensó en las cosas que le daría

de comer a Robinson cuando llegara; siempre fue un muchacho de buen comer, aunque fuera flaco, comía bastante, al igual que sus hermanos. Había estado preocupada por Robinson desde que se lo llevaron, y más aún cuando supo que sería trasladado a un lugar tan peligroso como Saravena.

Leonilde, como se esperaba de cualquier madre, velaba por sus hijos. A pesar de que no pudo compartir todo el tiempo que a ella le hubiera gustado con ellos, sus hijos siempre estaban en su mente cuando tomaba alguna decisión; para ella, mantener a su familia unida y sana en medio de las adversidades era lo más importante de su mundo.



A ella le tocó trabajar y ayudar a su familia desde niña en la finca. Era la menor de siete hermanos, pero eso no hizo que fuera la más mimada; al contrario, a todos los hermanos se les trató por igual. Nunca tuvo la oportunidad de asistir a la escuela y por ende jamás aprendió a leer o a escribir, solamente a poner su firma, que fue lo que se consideró que necesitaría por el resto de su vida; por lo que lo único que le quedó para sacar

las penas y alegrías del corazón fue tejer. Al igual que Segundo, ella también era de una zona cercana a Soracá y de hecho, allá lo había conocido por primera vez, aunque no se enamoraría de él sino hasta muchos años después cuando se lo encontrara de nuevo en Bogotá.



Imagen 4

Desde pequeña, Leonilde supo que para ella no habría un mundo de oportunidades y que debía seguir el camino que el destino le depararía. Aun así se esforzó y siendo apenas una joven dejó a su familia para buscar en otro lado algo mejor. En Bogotá siempre trabajó como empleada doméstica y en eso trabajaría siempre que tuviera que hacerlo. El trabajo le gustaba y le daba lo necesario para vivir. Jamás se quejó y siempre hacía lo que debía sin chistar.

El día que se encontró con Segundo fue como un milagro para ella. Llevaba meses en Bogotá sin haber visto una sola cara conocida, se sentía desanimada algunas veces, pero al verlo sintió alivio. Él la reconoció, se saludaron y desde ese momento estuvieron juntos hasta el día de hoy. Cuando se reencontraron, Segundo ya tenía una hija, pero a ella eso no le molestaba; desde el inicio le pareció una niña adorable y se propuso cuidarla como si fuera su madre, cosa a la que Segundo jamás se opuso.



Cuando se bajó del bus empezó a caminar por las calles por las que había recorrido por última vez hasta hacía unos meses atrás. Robinson pensó en ese momento que el paso del tiempo era una cosa bien rara; apenas habían pasado unos pocos meses, pero para él había sido una eternidad. Una eternidad en la que había tenido que aguantar en un lugar extraño, en la que había tenido que aprender a valerse sin ayuda y en el que no había podido ver a las personas que más le importaban en el mundo.

A pesar de que el viaje había sido agotador, en ese momento tenía energía. Estaba por primera vez, en meses, feliz. A cada paso era menor la distancia para llegar a su casa, para ver a su madre, a sus hermanos, a Jordan en especial; nunca los había extrañado tanto. Dormiría en su casa, en su cuarto, en su cama, con su almohada y sus cobijas. Podría volver a ponerse su propia ropa y unos zapatos cómodos. Al fin podría comer la comida de su madre, salir a divertirse con Jordan e incluso con sus hermanos. Por fin abrazaría a sus padres y sabría realmente cómo se encontraban. Ya casi llegaba, faltaban un par de cuadras y estaría frente a la puerta.

Tocó el timbre dos veces y unos segundos después escuchó unos pasos que se acercaban a la puerta y de pronto vio a una señora más baja que él, con el cabello recogido en una cola de caballo y que lo recibió con una sonrisa en la cara. "Hola madre" dijo Robinson, Leonilde apenas lo vio lo abrazó y lo llevó adentro. "¡Ya llegó!" gritó su madre para que todos bajaran a saludarlo. Después de saludarse y abrazarse, su madre lo inspeccionó de arriba a abajo. Notó que estaba más alto, pero también más flaco y ojeroso; se veía cansado, y eso le preocupó. Así que sin dudarle le ofreció servirle la cena y le dio una buena cantidad para que recuperara el semblante que tenía la última vez que lo vio.

Mientras comía, Leonilde le preguntó cómo estaba, qué lo ponían a hacer, por qué estaba tan flaco y le comentó que lo veía bien cansado. Robinson no supo qué decir y solo comentó brevemente el entrenamiento que le ponían a hacer todos los días. La verdad es que él no quería hablar mucho de eso y estaba más interesado en descansar un poco de esa realidad que lo esperaba de regreso en un corto tiempo.

Después de hablar con su madre, su hermana Elizabeth lo saludó. Ella estaba sorprendida del cambio que había tenido en solo unos meses, al igual que su madre notó lo cansado que se veía; pero además de eso notó sus manos. Esas manos que en algún momento habían siempre estado meticulosamente arregladas, ahora tenían magulladuras y cayos por todos lados. Elizabeth miró a Robinson, quien se había dado cuenta que le estaba viendo sus manos, así que inmediatamente le propuso hacerle una manicura al día siguiente. A Robinson se le iluminaron los ojos y sin dudarlo aceptó; hace rato que quería volver a tener sus manos como antes, pero aquello era algo en lo que no podía pensar en Saravena.

Finalmente pudo ver a su papá y a su hermano Hernán, que a pesar de ser tarde en la noche se levantaron a recibirlo. Ambos habían tenido que trabajar ese día. Robinson los saludó y se alegró de volver a ver sus caras. Habían pasado algunos meses en los que solo eran una imagen en su cabeza a las que le ponía la voz entrecortada, que escuchaba de vez en cuando a través del teléfono. Hernán parecía estar aún más grande de lo que recordaba. Era como si cada vez se hiciera más fuerte, mientras que Robinson

se sentía cada vez más delgado. De todas maneras se alegró de ver al hermano que siempre había sido su modelo a seguir.

A diferencia de su hermana y su mamá, Hernán no le hizo comentarios respecto a su aspecto. Él, en cambio, le preguntó si las cosas por allá eran muy peligrosas. Evidentemente había escuchado que Saravena era zona roja y que las cosas se podrían poner feas, si no tenía cuidado. La verdad era que hasta el momento Robinson solo había estado dentro del batallón y sus días eran básicamente el entrenamiento y las tareas que debía realizar día a día, aún no había tenido que participar en ningún enfrentamiento. Sin embargo, sus superiores habían sido muy claros en advertir que así serían los primeros meses, pero que una vez regresaran de Bogotá las cosas serían muy diferentes.

A pesar de haberle dicho a su hermano que todo andaba bien hasta el momento, Hernán le aconsejó que tuviera cuidado y que debía tener presente que las cosas por allá no eran un juego y que las armas con las que entrenaba tampoco eran juguetes. Le dejó muy claro que las personas con las que posiblemente Robinson se encontraría no serían todas buenas y que debía ser precavido a

la hora de actuar. Robinson no quería pensar en eso, le habían dado un tiempo libre para estar en su casa y lo iba a aprovechar mientras pudiera. Lo último de lo que quería hablar era de Saravena.

Apenas terminó de comer, se escuchó el timbre. El sonido fue tan inesperado para Robinson que lo asustó. Sin embargo, cuando Segundo fue a abrir la puerta, apareció ante él una figura tan familiar que casi llora allí mismo de la emoción, pero se contuvo por vergüenza. Seguido de esto escuchó la voz de Jordan invitándolo a tomarse unas polas, a lo que él sin pensarlo dos veces aceptó. Finalmente pudo hablar con alguien como no lo había hecho en mucho tiempo; le contó cada detalle y sintió como un peso se le quitaba de encima, la responsabilidad y la presión del ejército se iba y solo eran él y su amigo de toda la vida hablando de las cosas como si fueran viejas historias pasadas y no tuvieran que volver a la realidad.

Para el día siguiente, tal y como Elizabeth lo prometió la noche anterior, en la mañana se dispuso a preparar las cosas para arreglarle las uñas a Robinson. Buscó una lima, un cortaúñas, un corta cutículas, un palito de naranja, aceite, crema y una base para

ñas. Calentó un poco de agua y le pidió a Robinson que se sentara en una silla de la habitación. Mientras Elizabeth le arreglaba las uñas Robinson se llenó de nostalgia; quería llorar, pero se contuvo. No recordaba la última vez que había pasado un momento así con su hermana, pues a decir verdad después de haber crecido ya no hubo mucho tiempo para compartir. Después de haberse graduado del colegio, Elizabeth no esperó para ponerse a trabajar en lo que pudiera, pues sabía que de ahí en adelante, si ella quería hacer algo debía buscar los medios por ella misma. Robinson envidiaba un poco esa determinación que tenía Elizabeth; para él no era tan sencillo trazarse un camino y seguirlo.

En la tarde, los padres de Robinson organizaron una reunión familiar. Vinieron sus tíos a visitarlo. Se divirtió como no lo hacía hace bastante tiempo, bailó y habló con otras personas. Por un momento se olvidó que había sido reclutado en la semana santa, las noches que había pasado en el batallón de San Cristóbal; olvidó que debía regresar a Saravena y olvidó lo asustado que estaba por volver.



El día que Robinson fue reclutado era jueves santo y el año era 2014. En ese entonces Robinson no estaba muy seguro del rumbo que tomaría en su vida, pero lo estaba decidiendo. Ese día había acordado de verse con unos amigos en un parque cerca de su casa y de ahí ir todos juntos a un local de alquiler de videojuegos. A él y a sus amigos les encantaba jugar en la PlayStation o en la Xbox, pero como sus familias no tenían los medios para conseguir una, iban a estos lugares a alquilarla por horas.

Aquel día Robinson casi decide no almorzar de la emoción de ver a sus amigos, de no haber sido por la insistencia de sus padres que le dijeron que por lo menos pasaran juntos el tiempo del almuerzo de ese día tan sagrado para ellos. Robinson se sentó a regañadientes y comió lo más rápido que pudo; una vez terminó el almuerzo se cepilló los dientes de manera descuidada y se despidió de sus padres diciéndoles que volvería más tarde y que no se preocuparan. Se encontró con sus amigos del colegio, a quienes ya no veía tan seguido desde que abandonó los estudios, y se dirigieron al lugar acordado.

Uno de sus amigos le dijo que cuando estaba de camino al parque escuchó a un par de señoras comentando que había militares por la zona reclutando muchachos. Aquello puso algo nervioso a Robinson, pues del grupo él era el único mayor de edad y que no estaba estudiando; entonces decidió acelerar el paso e ir al local de videojuegos. Al llegar al lugar saludaron al dueño, que ya lo conocían, y se acomodaron para empezar a jugar; por esa época habían lanzado un nuevo juego de Halo y habían empezado a jugarlo unas semanas atrás, por lo que ese día continuarían en donde lo habían dejado. Robinson nunca se hubiera imaginado que la realidad que se mostraba en la pantalla se convertiría en la que él viviría en apenas unos meses.

Llevaban jugando más o menos dos horas cuando en ese momento escucharon a lo lejos unas voces y pasos. Eso llamó la atención a los muchachos que estaban allí, detuvieron los juegos y dirigieron la mirada a la cortina cerrada que los separaba de lo que estaba pasando en la entrada del lugar. Robinson sospechaba lo que estaba sucediendo e imaginaba quienes eran las personas con

las que estaba hablando el dueño. A todos en el lugar se les heló la sangre; a Robinson el corazón le latía a mil por hora. De pronto, la cortina se abrió y ante ellos aparecieron cinco hombres uniformados y armados que se presentaron como parte del Ejército Nacional de Colombia. Sin saber cómo, Robinson se acomodó sigilosamente detrás de todos sus compañeros y procuró no llamar la atención.

Los hombres los observaron a todos y a los que se veían mayores les pidieron la cédula y procedían a apartarlos del lugar. Los muchachos que se estaban llevando no eran amigos de Robinson, pero sí se conocían de las veces que se habían encontrado en el local para jugar videojuegos. Después de examinarlos nuevamente, los militares se dispusieron a irse; Robinson se sintió aliviado, había pasado desapercibido y como sus facciones eran suaves, lo habían confundido por menor de edad. Le volvió el alma al cuerpo y respiró de nuevo, cuando de pronto escuchó que uno de los muchachos se volteó, lo señaló y gritó "¡ese también tiene más de dieciocho!". Los militares pronto se acercaron a Robinson y le pidieron que mostrara su cédula; él recién

había sacado la contraseña, así que se las mostró. Después de ese momento tuvieron que pasar meses para poder volver a dormir en su casa y ver a sus amigos.



Sin darse cuenta y para tristeza de Robinson, el mes se había pasado. Había dejado sus cosas listas el día anterior, para no tener que preocuparse por eso. Leonilde le sirvió el desayuno y lo miró con algo de tristeza en su rostro. Desayunó mientras miraba en el reloj cómo pasaba el tiempo. No quería volver a Saravena, menos ahora que no sabía lo que le esperaba de regreso. No le había querido decir nada a su familia al respecto, pero él sabía que una vez se subiera al bus, todo se haría más difícil y tenía mucho miedo. Solo se pudo despedir de su hermano, pues para cuando él despertó Elizabeth ya se había ido a trabajar. En ese momento se sentía casi igual que el momento en el que tuvo que estar en el Batallón de Bogotá, alejado de todo aquello que conocía.

Sin más remedio fue a su habitación, a despedirse de ese lugar y colocarse una vez más el uniforme de las fuerzas armadas. Vio su reflejo en el espejo de arriba a abajo, no se veía bien, sentía que se veía extraño vestido de esa manera; por un momento pensó en quedarse, en abandonar el servicio militar, pero sabía que le iría peor como desertor y Segundo y Hernán insistieron en que debía regresar. Su padre lo llamó para que saliera, así que resignado cogió su maleta de la cama, se la puso al hombro y salió a la sala en donde estaban sus padres esperándolo. Ellos lo acompañaron de regreso a la escuela de cadetes, que era donde se encontraba el bus que lo llevaría a Saravena. Al llegar, se abrazaron por última vez. A Robinson se le salió una lagrimita que se secó sin que Segundo se diera cuenta, pero que no pudo esconder de Leonilde. Se despidió de ambos y prometió que llamaría apenas tuviera oportunidad.

II





Mientras Robinson estaba en el bus rumbo a Saravena, recordó cuando los militares lo subieron a ese camión que lo llevó por primera vez, hace meses, al batallón de Bogotá. Después de que en el local de videojuegos entraran los militares y lo apartaran de la vida a la que estaba acostumbrado y lo subieran a un camión. Allí había otros muchachos, caras que jamás había visto en su vida. Tenía mucho miedo, pero sabía que si lo demostraba, le iría peor. Luego pensó en su familia, no tenía manera de llamarlos, de avisarles que se lo habían llevado. El corazón le latía acelerado y las manos le sudaban. Mantuvo su rostro sereno, pero por dentro la desesperación crecía y crecía.

Metieron a otros jóvenes al camión en el camino. Algunos aún parecían niños, como él, y había otros que eran mucho más altos y fuertes. Robinson sintió que pasó horas en ese camión, no se podía ver muy bien al exterior y tampoco había mucha luz para poder

distinguir a las personas que iban con él. Finalmente, alrededor de las cinco de la tarde se detuvo; bajaron las tablas y entró la luz que golpeó en la cara de Robinson. Los militares les gritaron para que se apuraran, Robinson bajó, estaba confundido, no sabía en dónde estaba. Les dieron la bienvenida al Ejército Nacional de Colombia y después los llevaron a una sala en donde había camarotes y allí les asignaron una cama. Les indicaron que mientras se les definía el lugar para pasar el servicio militar, se quedarían allí.

Ya en la noche le dijeron que podía llamar a su familia, le prestaron un teléfono y rápidamente marcó el número de su casa; se sentía como los presos que mostraban en las películas. “¿Aló?” fue lo primero que escuchó cuando oyó que le contestaron el teléfono. “¡Aló, papi! Soy Robinson”, su papá le preguntó preocupado en dónde estaba que ya era muy tarde y él le explicó lo sucedido en el local. Robinson le pidió que viniera con su mamá para que le trajeran algunas cosas de aseo y un celular para comunicarse con ellos. No había nada más que hacer sino esperar.

No fue sino hasta el sábado santo que sus padres, junto con Elizabeth vinieron a ver

cómo estaba. Cuando los vio, Robinson no pudo contenerse más; había aguantado el miedo y el llanto desde que lo subieron a aquel camión y el ver los rostros de las personas que sabía que no podría volver a ver, lo quebró. Lloró como nunca lo había hecho y no pudo parar por días. A su madre le rompió el corazón ver a su pequeño hijo así. Segundo también se apiadó de él, pero aún no sabía qué podía hacer para ayudarlo; solo le pudo aconsejar que fuera fuerte por ahora.

Apenas dos días le duró el celular que le trajo su padre, también las cosas que le habían dado al llegar. Cada pequeña cosa que tenía y que sus compañeros considerasen que tenía algún valor, se la robaban. No solo lo robaban, también lo molestaban todo el tiempo, Robinson al ser flaco y de estatura media, era considerado débil. Realmente no sabía qué hacer para que lo dejaran en paz, por lo que durante el tiempo que estuvo allí pidió unas tres veces un celular a sus padres y cosas básicas que le robaban nuevamente.

Llevaba semana y media ahí y todavía no le decían a dónde lo iban a asignar. Había hablado con su papá un par de días atrás, le

dijo que si lo deseaba podría pagarle la libreta militar y así él podría olvidarse de todo. Robinson se sintió tentado a aceptar la oferta, pero sabía los problemas que eso le significaría a su familia. También se le vinieron a la mente las conversaciones con Hernán. Él le había dicho que esto le serviría para mejorar, para encontrar un rumbo y para ser agradecido con las cosas que tenía en la casa. A lo mejor el servicio militar le serviría para endurecerse, para ser más como Hernán, para sentirse menos como una carga. Tomó su decisión y no había vuelta atrás.

Dos semanas tuvieron que pasar para que fuera asignado a un lugar. Ese día los despertaron temprano, les ordenaron recoger sus cosas y los empezaron a organizar por grupos. Robinson no entendía bien qué sucedía; preguntó a uno de sus compañeros, pero él estaba igual de perdido. Cuando ya estaban todos en filas y con sus cosas listas, el grupo de Robinson fue guiado a un camión; antes de subir les informaron que ellos serían trasladados a Saravena, en donde empezarían su entrenamiento y servirían a las Fuerzas Armadas en las misiones que se consideraran necesarias. Seguido de esto



Imagen 5

los llevaron a Catam y allí lo pusieron en un avión que los llevaría a ese lugar que nunca antes habían escuchado nombrar, esa fue la primera vez que Robinson voló en un avión.

☆+°.*(+*+☆

Después de un viaje de catorce horas, estaba otra vez en ese pueblo pequeño y ca-luroso al que no había querido regresar. Un mes no le había parecido suficiente para estar con su familia. Aunque a decir verdad ni aunque le hubieran dado todo el año, le habría parecido suficiente. A lo mejor Hernán tenía razón cuando le dijo que esta experiencia lo volvería agradecido, porque en ese momento juró que no se volvería a quejar de absolutamente nada en su casa y que buscaría un trabajo y haría todo lo que fuera para no tener que volver a un lugar como aquel, rodeado de personas que lo consideraban como uno más, a quienes no les importaba ni sus sueños, ni sus aspiraciones.

Tal y como le dijeron, fue a dejar sus cosas en su camarote y luego a armar filas. Mientras se dirigía al campo habló un poco con sus compañeros. Los había visto en el bus de regreso, pero no quiso hablar con ellos en ese momento, pues aún estaba muy triste por la despedida con sus padres. Ya que en ese momento se sentía mejor, fue capaz de cruzar algunas palabras y preguntarles qué habían hecho en esos días.

Solo habían llamado a los nuevos reclutas al campo a formar filas. Robinson imaginó que les informarían que ahora que habían pasado el juramento a la bandera, tendrían nuevas funciones; a lo mejor las funciones que los reclutas más antiguos tenían. Tal como Robinson lo imaginó, el líder de la compañía les dijo que el juego se había acabado y que ese sería su último día de relajó. Dijo que desde ese momento empezarían a servir de verdad y que a partir del día siguiente empezarían a patrullar por diferentes zonas, por las que pasaba el oleoducto. Durante el día se les informaría a qué zona serían asignados.

Robinson sabía que fuera de ese pequeño batallón no había lugar seguro, y tal y como lo temía desde hace unos días, el momento de empuñar el fusil había llegado. Pensó que era extraño que a pesar de que siempre le gustaron los videojuegos y las series en donde había peleas y enfrentaban a los malos, usando armas para defenderse; realmente no era algo que alguna vez hubiera querido hacer. No quería ser un "héroe", no quería enfrentarse a nadie, jamás le gustó pelear, nunca fue el fuerte ni el rudo. Siempre le dieron igual los militares, a decir verdad,

les temía un poco cuando los veía pasar; les empezó a temer aún más cuando cumplió la mayoría de edad. A pesar de todo eso, allí estaba y por el tiempo que tuviera que estar allí era considerado uno de ellos, así no se sintiera parte de ellos.

Después del almuerzo fue el momento en el que a Robinson y a sus compañeros les dijeron que durante unas semanas estaría patrullando alternadamente hasta llegar a las ocho horas de patrulla. Debían hacer cambuches en las zonas de patrullaje y no podían volver al batallón hasta terminar los turnos. Primero le fue asignada una zona cercana al pueblo y eso lo hizo sentirse un poco aliviado, porque no estaba tan lejos del batallón. Aún no se sentía preparado en caso de que tuviera que enfrentarse a la guerrilla. Le habían enseñado a usar el fusil, a reaccionar en caso de una emboscada; pero sabía que el día que le tocara de verdad hacer esas cosas, no sería lo mismo. Siempre se preguntaba si tres meses de entrenamiento realmente eran suficientes para ir a la guerra.

Patrulló las calles y alrededores de Saravena por unas cuatro o cinco semanas; veía cómo la gente de la guerrilla estaba cerca y

Capítulo II

siempre alerta a la oportunidad de ataque; eso lo ponía nervioso. Él y algunos otros compañeros habían sido asignados allí. Era relativamente fácil, porque después de cada jornada volvían al batallón y no pasaba mucho. Sabía que había otros que debían cuidar tramos más lejanos del oleoducto, como los lugares más cercanos a Caño Limón, que también eran más peligrosos.



Imagen 6

Robinson pronto se dio cuenta que la verdadera razón por la que enviaban reclutas nuevos a ese lugar era para cuidar ese oleoducto. Todos los que estaban allí, después de haber pasado apenas cuatro o cinco meses, los iban mandando allá para hacer guardias y patrullajes. A los que se veían más débiles o llevaban menos tiempo los iban asignando a zonas cercanas a Saravena, en donde la cosa era un poco más calmada; pero no los dejaban ahí para siempre. Los rotaban, y nunca se sabía si uno estaría cerca o lejos del batallón. Entre más lejos les tocara, menos estarían en el batallón, por lo que lo peor era ser asignado a las zonas más cercanas a Caño Limón; a esos los dejaban por allá por semanas en campamentos.

Durante las semanas que patrulló Saravena, estuvo en contacto con su familia. Los llamaba casi dos veces por semana. Entre las veces que habló con Hernán, buscaba algún consejo de él que lo aliviara de la situación que pronto tendría que enfrentar; sin embargo, el lugar en el que él se encontraba era muy diferente a lo que Hernán tuvo que vivir cuando prestó servicio militar. A pesar de que Hernán quería ayudarlo, Robinson sentía que sus palabras no eran suficiente ayuda para lo que sabía que se avecinaba.

Su padre también le hablaba desde su experiencia en el servicio militar, pero eso había sido tanto tiempo atrás que para Robinson no eran más que palabras.

Durante esos días se arrepentía realmente de no haber aceptado la propuesta de su padre. Se preguntaba cuál había sido el punto de querer hacerse el valiente, cuando realmente no quería estar en la guerra. A ese punto el sacrificio no le había aportado nada a Robinson y con lo único que soñaba era con volver a la casa y ponerse a estudiar. Lo desesperaba pensar que aún faltaba más de un año para terminar el servicio militar y sentía que ese día no llegaría jamás. La persona con la que Robinson realmente quería hablar ya no estaba y en ese momento más que nunca, sentía que ella podría ayudarlo, su amada hermana Milena.



Milena fue la primera hija de Segundo, quien había nacido producto del amor que le tuvo a su primera esposa. Cuando Segundo formalizó la relación con Leonilde y empezaron a vivir los tres juntos, Leonilde trató a Milena como su propia hija, por lo que ella

siempre se sintió como una hermana más. Fue testigo del nacimiento de sus tres hermanos, primero Hernán, con el que se llevaban seis años de diferencia; luego Elizabeth, y por último Robinson.

Cuando Robinson nació, Milena ya tenía diez años y era considerada lo suficientemente mayor para ayudar a Leonilde con las tareas del hogar, cosa que hacía con gusto. Jamás se quejó de ser la cuidadora de sus hermanos; ella sabía que como hermana mayor era el rol que le correspondía y más aún en la situación en la que se encontraban. Una familia con cuatro hijos, en la que apenas sobrevivían con el sueldo de Segundo, no era posible. Ella vio cómo su madre con dolor, apenas pudo empezó a trabajar de nuevo a tiempo completo y dejaba a los niños bajo su cuidado.

Así fue como ella iba al colegio media jornada y al llegar se ocupaba de que todo estuviera medianamente bien dentro del hogar, claro que al ser también una niña participaba de algunas travesuras junto con sus hermanos. De vez en cuando ayudaba a robar las pastillas de chocolate de la alacena, o modificar alguna prenda para hacerse disfraces

en Halloween y luego ir a pedir dulces por el barrio. Asimismo encubría a sus hermanos cuando podía, como cuando, a escondidas, destaparon los regalos de Navidad antes de la medianoche, aunque los descubrieron al final, ella hizo lo que pudo para que salieran invictos de aquella aventura.

Como entre Milena y Robinson había diez años de diferencia, empezaron a desarrollar una relación tipo madre e hijo, especialmente cuando Robinson recién comenzaba el colegio. Ella le ayudaba con sus tareas, le daba de comer, lo apoyaba en los sueños que le compartía. Milena fue la primera en decirle que era bueno dibujando y que a lo mejor podría hacer algo con eso cuando creciera. Cuando él no sabía a quién acudir iba a ella para que lo guiara en el camino que debía seguir. Lo animaba siempre a seguir, aunque le costara. Más que una hermana, Robinson veía a Milena como otra madre.

Era el día de la madre, cuando Segundo se accidentó. Milena recibió la noticia. Al parecer un bus lo había atropellado mientras regresaba del trabajo. Sintió que todo se le vino encima, pero se tenía que mantener fuerte para cuidar de sus hermanos. En ese momento hizo todo lo que pudo para ayudar

a Leonilde, estaba pendiente de sus hermanos, de la casa, de su padre. Hasta que un día no pudo más, se mareó y seguido, se desvaneció. La llevaron a un hospital y Leonilde iba de un lugar a otro visitando a Segundo y luego a Milena.

Cuando todo esto sucedió, Robinson apenas tenía diez años y no entendía muy bien todo lo que pasaba. Dejó de ver a Milena por una semana completa y por un momento pensó que su madre también enfermaría y se quedaría solamente con Elizabeth y Hernán. Después de ocho días, Milena volvió, estaba débil y le habían puesto un tanque de oxígeno. Su papá por el contrario, aún no regresaba del hospital. Robinson escuchaba muchas cosas respecto al estado de su papá. Milena y Leonilde se la pasaban secreteando al respecto; y él escondido donde no notaran su presencia escuchaba lo que ellas decían. Así se enteró que los doctores querían quitarle el brazo a su papá, pero que ellas no lo permitirían; también escuchó que no se sabía quién lo había atropellado. Robinson estaba preocupado, pensó que nunca volvería a ver a su padre, porque por más de que le tuviera miedo, lo quería mucho y no quería que nada malo le pasara.

Cuando Milena empezó a mejorar, se encargó de todo nuevamente, aunque esta vez se apoyó más en Hernán, ya que era el mayor de los tres. Robinson entendía que así serían las cosas, pero no le gustaba que todos se estuvieran secreteando y que a él no le dijeran nada; de todas maneras no protestó y aceptó sin más el rol que le correspondía como el menor de la familia. Tres meses tuvieron que pasar para ver a su papá de nuevo; no lo reconocía, su brazo estaba completamente vendado, y apenas sí podía moverse. Era más que obvio que no podría trabajar y que ahora las cosas cambiarían en el hogar.

Durante esa época, Leonilde cargó con la responsabilidad de mantener económicamente el hogar y Milena cuidó de todos. Cuando podía, ella también trabajaba para poder llevar algo a la casa. También contaron con el apoyo de la familia materna y paterna, para lograr salir adelante de este difícil momento. Segundo mejoraba muy lentamente y aún no se podía levantar de la cama. Elizabeth también ayudaba con la cocina cuando Milena no estaba. A pesar de

que Robinson era el más pequeño, sabía que las cosas andaban mal, trataba de apoyar a sus hermanos, pero no era mucho lo que él pudiera hacer, más allá de ir de vez en cuando con su padre a las terapias. Las cuales se turnaban entre Elizabeth y Robinson para hacerle compañía y así por cuatro meses que duró la recuperación.

Cuando su padre se recuperó y todo empezó a mejorar de a poco en la casa, Milena retomó los estudios, después de haberlo dejado de lado. Fue un sacrificio que tuvo que hacer para que todos pudieran salir adelante, postergó sus sueños por su familia, y cuando tuvo oportunidad entró a validar sus últimos años de colegio. Se graduó de bachiller en el 2011, después de su hermano Hernán y pudo ver el orgullo en el rostro de sus padres. Soñaba con continuar, planeaba trabajar y luego, cuando reuniera el dinero, quería estudiar una carrera técnica para poder ayudar aún más a su familia. También quería ser un ejemplo para sus hermanos, especialmente para Robinson a quien le guardaba un gran cariño.



Imagen 7

Fue un día a inicios de diciembre de 2012, mientras estaban cenando que de la nada Milena gritó, mientras que posaba una mano en su oído. Todos quedaron sorprendidos. Leonilde, que estaba en la cocina, se dirigió hacia ella rápidamente y le preguntó si todo estaba bien, Milena no entendía por qué, pero de pronto empezó a sentir un dolor intenso en la cabeza que se extendía hacia su oído. Robinson se sorprendió, pero no creyó que fuera algo demasiado grave, por lo que solo se apresuró a ponerle el oxígeno y llevarla a su cama. Hernán y su padre decidieron llevar a Milena a urgencias, mientras que

la familia en casa esperaba noticias de ella. Horas después sonó el teléfono y Robinson contestó, era Milena que le pedía que por favor le pasara a Elizabeth, hizo caso y las hermanas hablaron por unos minutos. Cuando Elizabeth terminó la llamada la veía con el rostro preocupado, le confesó que temía que Milena estuviera grave, ya que nunca la había escuchado así. Robinson se apuró para ir al hospital en donde estaba su hermana, estaba preocupado y solo quería estar con ella.

Dos días después de eso la hermana más querida de Robinson había fallecido. No entendía cómo, ni por qué, apenas unas semanas atrás estaba bien. Su padre le había explicado la causa de muerte de su hermana, pero él realmente no logró entender lo que decía. Todo a su alrededor se sentía extraño, no podía creer lo que estaba pasando. Sentía que todo era mentira y que ella llegaría a la casa en cualquier momento. Se sentía abrumado y perdido por ya no poder volver a ver a su querida hermana, que lo había ayudado en cada momento de su vida hasta que ya no pudo. Esa noche casi no pudo comer, solo pensaba en Milena. Habló un rato con Elizabeth y le confesó que tenía miedo de ver a su hermana una vez todos estuvieran

dormidos, por lo que ella le propuso dormir juntos mientras se sentía mejor y así fue por dos días. Lo cierto es que Robinson, por más que a veces lo deseara, no la volvió a ver nunca más.



Los meses pasaron y Robinson cada vez estaba menos tiempo en el batallón. Ya debía hacer patrullajes en zonas cada vez más lejanas. Como ya no podía comunicarse tan frecuentemente con su familia, lo que más añoraba eran las encomiendas que le enviaban desde Bogotá, y esto hizo también que se volviera cada vez más cercano a sus compañeros de patrullaje. Mientras pasaban el tiempo haciendo guardia se contaban más y más cosas. Varios de sus compañeros, al igual que él, fueron reclutados de sorpresa; otros habían sido alentados por sus padres, porque no estaban haciendo nada en la casa; otros se habían presentado voluntariamente para definir su situación militar y por no tener los recursos, ya que no podían pagar la

libreta y evadir el servicio. Juan Pablo, uno de sus amigos más cercanos dentro del grupo, lo había cogido un día cuando iba por la calle, estaba haciendo un mandado y de la nada dos hombres uniformados le pidieron la libreta y la cédula. Él recién se había graduado del colegio y seis meses antes de ese momento había cumplido 18 años. Eran jóvenes jugando a la guerra.

Los enfrentamientos eran lo peor; no eran algo de todos los días y tampoco duraban mucho, pero para Robinson era la eternidad en 20 minutos. Se escondían en deprimidos o en cualquier cosa que sirviera de trinchera y desde allí debían defenderse. El que hacía guardia, le tocaba más duro, porque generalmente debía avisar y mientras tanto estar al frente de la defensa. Lo bueno es que hasta ahora nunca había habido heridos graves, nada más allá de un par de raspones. Eso le daba un poco de confianza, pero no le quitaba el miedo cuando debía estar presente en esos enfrentamientos.



Imagen 8

Hacia el mes de diciembre le informaron que tendría su segundo permiso, para la semana de navidad. A Robinson le hubiera gustado tener más tiempo, pero para ese punto, cualquier tiempo fuera de allí lo agradecía. Ese año fue la primera vez que pasó el día de velitas lejos de su casa y era el caso de muchos de sus compañeros, por lo que él y su amigo Juan Pablo decidieron conseguir

unas velas en una tienda cerca del pueblo y otros compañeros consiguieron los fósforos. La experiencia no se sintió igual que las veces que había pasado velitas en su barrio, con sus amigos, tirando pólvora y prendiendo chispitas o encendiendo una esponja de Bombril; pero para las circunstancias en las que se encontraba, fue un poco como sentirse en un hogar otra vez. Aquel fue el consuelo mientras esperaba su semana de permiso.

Dos semanas después de ese día ya estaba listo para irse; había dejado todo empacado la noche anterior y casi no pudo dormir de la emoción. Esta vez tenía mejor semblante que en su última visita y esperaba que su familia también lo notara y no hubiera comentarios negativos respecto a su aspecto. También tenía más esperanzas en su futuro, pensaba que ya iba por lo mitad del servicio militar y que lo peor ya había pasado. Sabía cómo defenderse, hablaba con más soltura, aunque aún era muy reservado. Esperaba que después de todo esto sus padres estuvieran orgullosos y se dieran cuenta que podía lograr cosas en la vida.

Aquel tiempo que pasó en Bogotá, fue uno de los mejores en la vida de Robinson. Disfrutó cada día sin pensar en lo duro que sería regresar. La navidad era de las épocas que más le gustaban y el haber tenido la oportunidad de pasarla con su familia lo llenó de dicha e incluso agradecimiento. Sintió que esta vez se había ganado el reconocimiento de su familia, especialmente el de Hernán, que se sentía orgulloso por la persona en la que se estaba convirtiendo. Lo cierto es que aquella experiencia había convertido a Robinson en una persona que se tomaba más en serio la vida y había pasado de ser un joven relajado e indeciso a alguien mucho más serio que sabía que la vida no era un juego. Elizabeth lo vio más fuerte y mucho mejor que la última vez y Robinson se sintió aliviado de no haber preocupado a su familia como en su última visita.

Ese año navidad había caído un miércoles, por lo que Robinson tuvo la oportunidad de disfrutar dos días completos junto a su familia. Después los veía cuando llegaban del trabajo. Fue a visitar a sus tíos y a hablar un rato con Jordan, a quien había visto por última vez en julio. Él ya estaba estudiando,

por lo que recordaron su promesa y Robinson juró nuevamente que una vez terminara de prestar servicio validaría el bachillerato. Durante esa semana también decidió que una vez fuera bachiller, comenzaría a trabajar, su hermano la ayudaría a sacar una moto y posteriormente estudiaría ingeniería de sistemas, como antes lo había pensado; su hermana Elizabeth le decía que él sería bueno en eso, así que decidió hacerle caso.

La semana transcurrió rápido y a Robinson lo invadió la nostalgia; aunque esta vez no se sintió tan abatido como en la última ocasión. Después de una semana de no haber usado el uniforme, se lo debía poner una vez más; claro que ahora se sentía más acostumbrado a como lucía con esas prendas. Leonilde le preparó el desayuno, tal y como la última vez y procedió a sentarse con su hijo. Lo vio detenidamente y le pareció que estaba guapo, que ya era todo un hombre. Le dijo que era una pena que no se hubiera podido quedar para año nuevo. Robinson le advirtió que no se preocupara, pues ya tendrían tiempo para estar juntos. Cuando terminó de comer se despidió de su familia y les prometió que llamaría en cuanto pudiera. A diferencia de la

Capítulo II

última vez, Elizabeth estaba allí y lo despidió con un abrazo y un pequeño regalo que para él fue como recibir el cielo, era una medallita de la virgen, su hermana se la daba para que lo protegiera del peligro.

Antes de salir para regresar a Saravena, entró a su habitación una última vez y prometió en secreto que la próxima vez ya no se iría. Sin embargo, aunque Robinson no lo sabía, esa próxima vez jamás llegaría.

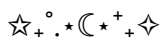
III



El domingo 2 de agosto del 2015 a las 5:45 de la madrugada el teléfono de la casa de la familia Cuchivague sonó. Todos en la casa estaban dormidos a esa hora. Al escuchar el teléfono, Segundo se levantó de la cama y se dirigió a contestar. Del otro lado escuchó una voz que nunca en su vida había escuchado, era un hombre con una voz seria y ronca. La voz pidió hablar con el padre de Robinson Cuchivague, a lo que Segundo confirmó que era él con quien hablaba. De pronto, la expresión en el rostro de Segundo cambió y las lágrimas empezaron a brotar incontrolables de sus ojos. Segundo no pudo continuar, ya no soportaba una pérdida más, quedó paralizado ante lo que escuchaba a través de la línea; todo a su alrededor se nubló y dejó de entender. Un grito alertó a los hermanos que algo pasaba, en ese momento al parecer a su padre. Hernán se apresuró a sostener el teléfono y continuar con la llamada, mientras que su padre se sentaba sin poder decir palabra.

Hernán, invadido por la incertidumbre, alzó el teléfono y contestó. La voz al otro

lado del teléfono le informó que su hermano menor había fallecido en medio de un enfrentamiento cerca a la vereda Alto de la Pava durante la madrugada. A diferencia de su padre, Hernán se mantuvo al teléfono; sabía que era él quien debía hacerse cargo esta vez de la situación. Estuvo al teléfono por un largo rato, tratando de aclarar los detalles de lo sucedido, detalles que realmente nunca quedaron claros para nadie en la familia. Les indicaron que debían esperar cuatro días a que el cuerpo de Robinson fuera trasladado y así pudiera reconocerlo. Hernán quiso saber más sobre lo que había pasado, pero ya no había más información por parte de aquel hombre. La noticia de la emboscada había salido publicada en las noticias impresas y en la televisión en la mañana y al medio día, pero nadie en la familia lo vio.



El día anterior a su fallecimiento, Robinson y Juan Pablo fueron asignados para hacer la guardia nocturna de la zona que estaban patrullando. La cosa estaba caliente, se habían enfrentado con algunos integrantes del ELN y se sabía que estaban asediando la zona. Sin embargo, les dijeron que era pro-

bable que ese día estuviese tranquilo. Hacia las seis de la tarde empezó la guardia, todo estaba en orden; ni Robinson ni Juan Pablo habían escuchado o visto algo. Por esos días, como existía tanto riesgo de emboscada, no se podía abandonar la posición, ni hacer nada que llamara la atención. La última vez que Robinson había hablado por teléfono fue con su papá y ya habían pasado más de dos semanas; había intentado hablar con su madre, pero la mala señal lo hizo imposible.

Ya llevaban horas allí, pero siempre muy alerta. Juan Pablo le comentó que a veces le parecía raro que estuvieran ahí. Robinson estaba de acuerdo, pero como sabía que si decía algo le iba peor, solo se le ocurrió responder que no había que pensar en eso, si se les había ordenado estar allá era porque ellos estaban en las condiciones para cumplir con la labor que se les había asignado. Con todo el tiempo transcurrido ya, a Robinson no le importaba si lo llevaban a un lado o al otro; estaba acostumbrado a la dinámica. Lo único que él quería era que el servicio acabara para cumplir la promesa que había hecho el último día que estuvo en su habitación,

y no faltaba mucho. Constantemente se repetía en la cabeza, como si fuera un mantra “cinco meses más”, eso era todo lo que debía aguantar para irse y no tener que regresar nunca a ese lugar.

A la media noche, Robinson ya no daba más, se estaba quedando dormido. Trataba de mantenerse despierto, pero después de haber estado allí por semanas se sentía agotado. La situación de Juan Pablo no era diferente, era extraño pensar que cuando estaban en su casa se podían quedar desvelados horas jugando, viendo televisión, parchando con sus amigos; pero en medio de la nada, con un clima agobiante, con hambre, parecía imposible. A la una de la madrugada escucharon un ruido, pero como no vieron nada, se relajaron. Fue a las 2:30 de la mañana cuando se escuchó un ruido fuerte, Robinson se giró a ver qué estaba pasando, e inmediatamente supo lo que se venía. Juan Pablo y él se miraron y supieron que ya no había tiempo para huir. Lo último que Robinson sintió fue una ráfaga de fusil que entraba por un costado de su cuerpo.



A los cuatro días, tal y como se había acordado, Segundo y Leonilde, acompañados de Hernán y el tío José, fueron al lugar donde tenían el cuerpo de Robinson. Esos cuatro días fueron los peores para la familia, la casa se mantenía en silencio y las noticias solo les recordaban la emboscada en la que su pequeño había perdido la vida. Cuando llegaron al lugar y los dirigieron a la entrada de la sala en la que se encontraba Robinson, solo le permitieron la entrada a Hernán, les habían dicho que como él era el más sereno y los padres solían alterarse mucho en estos casos, lo mejor era que solo él entrara. Hernán se tragó el miedo y se llenó de coraje; había llegado la hora de que él fuera el responsable por su familia.

Bajó las escaleras, siguiendo en todo momento al forense que lo guiaba a una mesa en la que había un cuerpo cubierto por una manta. Hernán apretó los puños, estaba nervioso, no quería ver a su hermano. Se fueron acercando cada vez más hasta que la camilla quedó frente a él. El forense corrió la sábana que cubría el cuerpo y Hernán, aunque no quería, lo miró con detenimiento. Por más

que lo miró y lo miró, aquel cuerpo que estaba allí tendido no se le pareció a su hermano por ningún lado; así en la tablilla lo tuvieran registrado con el nombre de Robinson. Le dijo al forense que ese no se le parecía a su hermano; sin embargo, no estaba del todo seguro. El forense le pidió que revisara bien, pues en la información decía que ese era Robinson. Estuvo otros veinte minutos examinando ese cuerpo extraño, pero no le veía el parecido. Llamó entonces a su tío y le pidió ayuda para poder salir del dilema. Ambos lo vieron y lo examinaron de arriba a abajo y en un momento su tío encontró la prueba definitiva. Su dentadura, la dentadura de aquel muchacho no se parecía en nada a la de Robinson. En ese momento Hernán pensó por un momento que si aquel no era su hermano, era posible que él siguiera vivo. Aunque la esperanza se desvaneció cuando se les informó que junto con ese cuerpo había llegado otro que fue dado de baja en el mismo enfrentamiento.

Se acercaron a la otra mesa en la que estaba tendido el segundo cuerpo, le quitaron la sábana que lo cubría. Hernán y su tío lo

observaron. Era extraño, porque al verlo supo que era Robinson, pero a la vez era tan diferente a la imagen que guardaba de él en esa última navidad en que lo vio. Después de observar el cuerpo, miró a su tío y él le asintió. Ya no había duda, en esa mesa, extendido, estaba su hermanito, aquel con el que jugó desde niño, aquel que procuró cuidar a lo largo de su adolescencia.

Regresó con su tío a la sala donde sus padres estaban esperando. No hizo falta sino una mirada para confirmar la tragedia. A Leonilde se le escaparon las lágrimas; no podía ni quería creer que su hijito ya no estaba, que ya no lo volvería a ver nunca más. Aquel muchacho crecido que vio en navidad ya no estaría más con ella, ya no volvería a disfrutar la comida que le hiciera, ya no lo podría volver a abrazar nunca más. El corazón se le arrugó y le dolió el pecho. Pensó en todos los momentos que pasó junto a él y también en los que no. Recordó el pasado que vivió su niño, e imaginó el futuro que ya se le había escapado.



Imagen 9

A Elizabeth le hubiera gustado que el calvario que desencadenó la muerte de su hermano hubiese terminado en eso. Días después de que se les notificó sobre su fallecimiento empezaron a recibir llamadas por parte de las Fuerzas Armadas, de Ecopetrol, de quién sabe quién. Cada día era alguien diferente, buscaban a su padre, a su madre, a su hermano y a ella. Ella ya no quería saber nada de eso; estaba harta y no creía ninguna de

las explicaciones que le daban. Las palabras de consuelo que recibieron por parte de los militares fueron “Nos vamos a encargar de acabar con esos hijueputas” ¿Acaso no fueron ellos mismos quienes pusieron a su hermano a campo abierto a enfrentarse con tal amenaza? Eso no era consuelo ni para Elizabeth, ni para ninguno de su familia. Ella quería saber realmente qué había pasado, pero nunca recibió una respuesta de nadie.

Lo único que recibió la familia como compensación por parte de Ecopetrol había sido un par de electrodomésticos ¿Era eso lo que significaba para ellos su hermano? Elizabeth se sentía enojada, inconforme; decidió apartarse y no aceptar ninguno de los beneficios ofrecidos por lo que le había pasado a Robinson. Nada de aquello iba realmente a compensar la pérdida de alguien tan importante en su vida, alguien a quien la negligencia le había arrebatado los planes, los sueños, el futuro.

Pasaron meses del funeral, de los regalos, de las explicaciones, cuando a Segundo y a Leonilde les ofrecieron ir a Yopal por una misa que sería ofrecida por “los héroes” que habían caído en batalla luchando por su país.

Era curioso escuchar eso, jamás se imaginó a su hijo luchando, apenas era un niño y seguro que apenas sí sabía sostener un fusil. De todas maneras decidieron aceptar; pensaron que a lo mejor había alguna razón para que los invitaran hasta allá; tal vez podrían ir hasta el lugar donde su hijo fue abatido y entender un poco mejor cómo se dieron las cosas. La desilusión fue grande, nunca le dieron más explicaciones, nunca le mostraron realmente qué le había pasado a su hijo. Con los años solo pudo pensar que aquella historia se la había llevado Robinson y que solo lo sabría el día que estuviera con él.



Leonilde se enteró que estaba embarazada de su tercer hijo, hasta casi tres meses de haberlo concebido. No fue sino hasta que sintió un dolor en el vientre bajo que visitó al médico que le daría la noticia de que nuevamente estaba embarazada. Aquello era algo que no se esperaba, no había tenido ningún síntoma y la panza ni se le notaba. A decir verdad, el embarazo en general fue el más sencillo de sobrellevar; era como un presagio de que de todos sus hijos, aquel sería el más tranquilo.

La noticia de un nuevo hijo llenó la casa de alegría, aunque también de incertidumbre, principalmente a Leonilde y Segundo. Aquel sería el cuarto hijo de Segundo, quien trabajaba de sol a sol para mantener a los primeros tres. Leonilde lo tranquilizó y le dijo que cada hijo era una bendición y que siempre encontrarían la forma de salir adelante. Hernán y Milena estaban felices, esperaban con ansias la llegada de ese hermanito. Hernán estaba emocionado de tener un hermano para poder mostrarle los juegos que no podía jugar con sus hermanas. Milena se propuso a cuidar a aquel bebé y enseñarle todo lo que ella supiera.

Fue el 29 de septiembre de 1995, cuando por fin se dio la llegada de Robinson. Seis horas duró el parto. Leonilde llegó a pensar que no lo lograría, pero después de los dolores, después del esfuerzo, allí en sus brazos tenía a su pequeño hijo. Nació con la bilirrubina alta, por lo que estuvo hospitalizado ocho días. Ocho días se aguantaron los hermanos para por fin conocer al hermanito que habían esperado por tantos meses.

Leonilde nunca se hubiera imaginado que la vida le arrebatara a aquella diminuta criatura que alguna vez cargó en sus brazos. Ella pensó que tendrían todo el tiempo del mundo para estar juntos, que tendría todo el tiempo para verlo crecer y formar su propia familia; pensó que podría verlo prosperar y forjarse su propio camino, con sus propios sueños. Siempre estuvo orgullosa de él. A pesar de las dificultades por las que pasó su hijo, sabía que era un niño bueno y que de no haberse ido a Saravena, Robinson estaría cumpliendo todos esos sueños que ella sabía que guardaba celosamente.

¿Quiénes mueren en la guerra?



Imagen 10

Epílogo



Eduardo Galeano "los hijos de nadie".

Hijos del pueblo, de gente humilde, azotada por la pobreza y sin acceso a la educación.

Así como a mi familia y a mí nos tocó vivir el suplicio de perder a un ser amado, con esa misma fuerza deseo la no repetición de estos crímenes; y que la historia de mi hermano nos ayude a reflexionar para ser mejores personas.

Pues no somos los únicos, existen miles de familias de escasos recursos a quienes la guerra les arrebató a sus hijos del seno de su hogar. Aquellos adolescentes que apenas empiezan a vivir y a perseguir sus sueños; pero también es el final para muchos otros; que caen ante la muerte, tras una guerra absurda que no les pertenece, una guerra de gente que lucha por el poder.

Cuestionar a quienes empuñan un arma en lugar de un lápiz no tiene sentido, ya que muchos lo hacen por obligación.

Realmente debemos aprender a escuchar, a hablar desde el corazón y a perdonarnos a nosotros mismos.

Con esto quiero que muchos entiendan que los adolescentes son el futuro del país y por esto debemos protegerlos, protegerlos entre todos para que eviten empuñar un arma y podamos progresar como familia, como región, como país.

Elizabeth Cuchivague



Imagen 11

Anexos

Imagen 1. De izquierda a derecha. Robinson, amigo de Robinson, Yordan (primo de Robinson). S.F.

Imagen 2. De izquierda a derecha. Hernán (hermano de Robinson), Robinson, Elizabeth (hermana de Robinson). Bautizos, S.F.

Imagen 3. De izquierda a derecha. Robinson y Elizabeth (hermana de Robinson). Fiesta, S.F.

Imagen 4. De izquierda a derecha. Robinson, Leonilde (Mamá de Robinson), Elizabeth (hermana de Robinson). 31 de diciembre 2013.

Imagen 5. De izquierda a derecha. Segundo (papá de Robinson), Milena (hermana de Robinson), Robinson y Leonilde (Mamá de Robinson). 2011.

Imagen 6. Robinson. 2015.

Imagen 7. Robinson. Arauca, Junio 18 de 2015.

Imagen 8. De izquierda a derecha. Robinson, Leonilde (Mamá de Robinson), Segundo (papá de Robinson), Milena (hermana de Robinson), Hernán (hermano de Robinson), Elizabeth (hermana de Robinson). SF

Imagen 9. Bandera recibida el día de las exequias. Agosto 2015

Imagen 10. Dibujo 1 de Robinson en su infancia. SF.

Imagen 11. Collage de Robinson.

Esta obra ha sido publicada
por el proyecto Memoria y Reparación.
Los trabajos de la primera edición fueron
terminados en noviembre de 2025 en los
talleres de Imagen Editorial S.A.S.
Bogotá, D.C., Colombia

¿Quiénes mueren en la guerra? Como diría Eduardo Galeano "los hijos de nadie". Hijos del pueblo, de gente humilde, azotada por la pobreza y sin acceso a la educación. A mi familia y a mí nos tocó vivir el suplicio de perder a un ser amado, con esa misma fuerza deseo la no repetición de estos crímenes; y que la historia de mi hermano nos ayude a reflexionar para ser mejores personas. No somos los únicos, existen miles de familias de escasos recursos a quienes la guerra les arrebató a sus hijos del seno de su hogar. Aquellos adolescentes que apenas empiezan a vivir y a perseguir sus sueños; pero también es el final para muchos otros; que caen ante la muerte, tras una guerra absurda que no les pertenece, una guerra de gente que lucha por el poder. Con esto quiero que muchos entiendan que los adolescentes son el futuro del país y por esto debemos protegerlos, protegerlos entre todos para que eviten empuñar un arma y podamos progresar como familia, como región, como país.

Elizabeth Cuchivague